



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

Burlaos!

Miguel de Unamuno.

Me he lamentado aquí mismo, en este **CORTAO** de nuestros pecados, de lo escasa de sentido crítico que suele andar, por lo común, esa nuestra buena gente. Su dogmatismo es formidable. Todos, blancos, negros, rojos, verdes, grises, pardos y hasta los incoloros, tienen sus dogmas y juran por ellos y en cuanto se les va contra el pelo ni entienden ni quieren entender.

«Vizcaino, burro» reza un antiguo dicho decidero refiriéndose á nuestra testarudez. Testarudez de distinta índole que la de los aragoneses pero no menos testaruda. La de ahí, la nuestra, es, al parecer al menos, más mansa, menos violenta, pero no menos inconvencible. «No hay manera de convencer á un paisano de usted», me han dicho más de una vez. Y uno que conoce ese nuestro país y que conoce la Siria me ha dicho que le parecemos árabes en eso. Pues parece ser que el árabe cuando se trata de convertirle, replica: «ó eso está en el Corán ó no; si está en él, no necesitas decirme, y si no está, no es verdad.» Y ahí hay tantos Coranes!

Pero hoy quiero decirlos, oh «coitao», que esa penuria de sentido crítico lleva consigo otra penuria y es la de sentido humorístico.

No bien empezó á despertármese el ánimo y empecé á escribir en ese mi Bilbao y á llamar la atención de algunos sobre mis escritos, una de las cosas que más me sorprendieron al pronto y más me apenaron después fué la incapacidad para percatarse de lo humorístico que observé en personas, por lo demás, de un talento más que regular. Su seriedad era tan brutalmente radical que les hacía absolutamente ineptos para percibir lo que no fuese serio.

No una, sino cien veces, me han tomado muy en serio lo que escribía en broma y por el contrario me han tomado á broma lo que decía en serio.

Y no es que no les guste la broma, lo jocoso ó satírico, no. Les gusta, pero tiene que ser broma clara y sátira al alcance de las más modestas inteligencias, que se vea desde luego que lo es. Todas esas otras cosas en que el ánimo del lector se queda suspenso sin saber si se le está hablando en serio ó en broma ó no las entienden ó si sospechan algo se enfurecen. Y es que les falta la agilidad mental que da el sentido crítico y les duele ser burlados.

Lo humorístico, lo estrictamente humorístico escapa á la comprensión de casi todos los españoles y de los nuestros, de los vascongados, muy en especial. Su seriedad, tan útil y tan laudable en otras cosas, les sirve no pocas veces de estorbo.

Así es que cuanto ahí se hace con intenciones de sátira ó de broma ó es inocente y ñoño ó es brutal y grosero. O por lo menos toseco y burdo.

No conozco nada más burdamente aldeano que la intención, v. gr. que se atribuía ahí en un tiempo á cierto corpulento y solemne señor, incapaz de escribir ceñido y tan largo de palabrería en sus escritos de cemento como corto de palabras nos ha resultado en el Parlamento. «¡Qué intención tiene!» se decía, y yo replicaba: «¿intención? llamáis intención á venir con una tranca de roble sin desbatar, y descargarla á dos manos, dando tiempo á que el adversario hurte el cuerpo? la intención sería mientras amaga así con el garrote con una mano, clavar con la otra una aguja envenenada.» Y como este pobre

señor hay muchos. Es claro, con tanta humanidad no puede andar muy ágil ni resultar un mediano pelotari.

Y esto de los pelotaris me recuerda que en alguna parte he contado como en un tiempo se excitaban los eliceguistas y los marduristas y como por debajo de ello había en los partidarios de Elicegui—que eran, en su mayoría carlistas y hoy serían bizkaitarras—el odio á la agilidad, á la travesura, á la destreza—cualidades que distinguían á Mardura—que se burlaba de la fuerza bruta, abierta y sin dobleces. Y así siguen las cosas. Nadie odian los beocios más que la travesura y el ingenio. Acatan á las veces, no siempre, el talento, pero ha de ser el talento boyuno,

pesadote, y sobre todo libre de ironía sutil y de ingenio.

Y si han pasado por seminario la cosa se agrava. Porque en esos desdichados seminarios, á fuerza de bazofia mental, se les mete á los que allí se educan el culto de cierta cosa que llaman lógica y firmeza de pensar y no es sino pesadez y falta de sentido crítico. Se creen que para pulverizar al adversario—esto es muy de su gusto, aunque nunca lo consigan—hay que proceder por 1.º, 2.º, 3.º..... n.º y por a, b, c, d, y silogismo al canto, y citas, y no dejar cabo suelto y sobre todo ser muy largo, lo más largo que se pueda. Y hablar de las contradicciones del refutado, contradicciones, por supuesto, que no suelen estar sino en la cabeza de los pobres refutadores. Todo eso es paja prensada.

Y cuando se meten á satíricos? El que quiera ver á un cachorro de elefante ó á un hipopótamo queriendo bailar el «arín arín» no tiene si no leer la sección jocosa de cualquier diario ó semanario de la que á sí misma se llama buena Prensa. No salen de la ñoñería sino para caer en la grosería frailesca, ó en la insidia de mala fé ó hipócrita. Está visto que el dogma y la gracia están reñidos uno con otra.

Eso sí, en cuanto inventan una inepticia ya están á copiarla y repetirla todos los del gremio, y cuanto más estúpida sea, mejor. Porque tampoco es su fuerte la originalidad de inventiva.

Y ese mal de la seriedad á todo trance y fuera de tiempo, y sobre todo, eso de la incomprensión no ya del humorismo, si no hasta de la simple ironía, es un mal que ahí, en esa nuestra tierra, hace estragos. ¡Que señores tan serios hasta cuando se ponen á hacer ó decir «chirenadas!» Porque lo curioso es que no son menos serios los más «chirenes».

El «chirene» tiene algo del gracioso profesional, del «clown», y es que suelta sus gracias estando muy indiferente á ellas por dentro y hasta en disposición lúgubre no pocas veces. Y ese mismo «chirene» se os incomoda si alguna vez duda de si algo que le decís es un grave aserto preñado de importancia ó no es más que una «chirenada» de quinto grado. Porque ellos se quedan en las de primero.

Y todo es, lo repito, falta de sentido crítico y atiborramiento de sentido dogmático.

Una de las cosas que más sublevan á ciertas gentes es la proposición de que hay derecho á burlarse de todo, absolutamente de todo, de todo sin excepción alguna, sin más que saber guardar el modo y manera de burlarse de ello. Como son incapaces de guardar limite en el modo y la manera han establecido terrenos á que la burla no debe llegar y cosas de que no debe uno burlarse. Y, sin embargo, yo creo que puede uno burlarse hasta de Dios y que Él lo agradece con sólo que sepamos hacerlo algo divinamente. Y esas

pobres gentes cuando se burlan, se burlan no ya humana, sino animalmente.

Y vosotros, «coitaos» de EL COITAO, burlaos ahí de todos y de todo, y procurad marear á los beocios y que no sepan éstos ni de donde venís ni á donde váis, y no les dejeis en paz con sus intangibilidades, y hacod una guerra continua á todos los camellos, elefantes é hipopótamos que por ahí pululan. No hay como la ironía para zurrar y batanar los espíritus. Pero nada de «coitadeces»; cuando os burleis burlaos de voras, lo más sutil y agudamente que podais, pero metiendo el aguijón hasta los tuétanos y á poder ser con algo de cantaridina. Es la mejor terapéutica para convertir los espíritus dogmáticos en críticos. Si así no se despertaran los beocios habría que declararlos adokinés.

